

¿EXISTE EL FRACASO HISTÓRICO?

Tomás Straka

¿Puede aplicarse la noción de fracaso a una nación o una civilización entera? Una colectividad puede tomar «decisiones catastróficas», en un momento dado. El caso venezolano del último medio siglo resulta, en este sentido, emblemático: ¿cuáles fueron los objetivos de la sociedad, los horizontes que abarcaron y las decisiones, en ocasiones «catastróficas», que en este proceso se tomaron?

¿ES POSIBLE que una sociedad entera fracase? Más aún, de serlo, ¿qué puede significar sociológica, cultural, históricamente el fracaso? Hay una rama o género historiográfico en la que esto, al menos de manera tangencial porque no espera llevar sus conclusiones a toda la sociedad, ocupa el interés de los investigadores, como es el caso de la historia empresarial. Atenta a las historias de éxitos y fracasos, busca lecciones en los aciertos y desatinos con los que los gerentes del pasado llevaron a sus respectivas organizaciones a la cúspide o al más hondo de los abismos. Tales lecciones —eso se espera— pueden ayudar a los gerentes de hoy a tomar sus decisiones. Sin embargo, las cosas cambian cuando se amplía la escala a todo un país.

Desde distintos visores la historia de Venezuela durante el último medio siglo se aprecia como un fracaso, tanto el del Estado bolivariano, que sólo tiene admoniciones para el período inmediatamente anterior, como el de los sectores opuestos que ven en la persistencia

de ese Estado la prueba más clara de un fracaso general. Sondar este problema va más allá de una reflexión teórica que sólo ocuparía a un investigador: implica adentrarse en un estado de ánimo muy generalizado, a partir del cual los venezolanos evalúan el día de hoy y, más importante aún, toman decisiones. Hacerlo implica también algunos riesgos.

Aparentemente, al estudiar a una sociedad no se cuenta con ese baremo del éxito y el fracaso del que disponen quienes estudian a las empresas: su capacidad para sobrevivir de manera rentable, en medio de los cambios y las adversidades. A lo mejor hay elementos comunes entre la naturaleza del éxito de una sociedad y el de una empresa (al cabo, una parte de ella), pero eso merece un análisis más detenido, que es a lo que se dedican las siguientes páginas. En todo caso, el asunto viene a cuento por dos libros publicados en 2009: *España, historia de un fracaso*, de Fernando Orbaneja (Ediciones B), y la compilación de sueltos de José Ignacio Cabrujas

(1937-1995), *El mundo según Cabrujas* (Editorial Alfa), que reúne textos de este dramaturgo, actor, guionista y ensayista, quien afirmó que el tema que siempre le importó fue el del fracaso... No son libros académicos, son posturas personalísimas y deliberadamente polémicas; pero sirven para reflexionar sobre hasta qué punto, de verdad, las cosas han ido tan mal y en qué consiste eso de que hayan ido así.

Venezuela, al menos su república desde 1830, ha sido para Cabrujas un gesto fallido. Pocos autores, en su tiempo, llegaron a conclusiones tan desalentadoras: «Creo que la sociedad venezolana, y me refiero a la sociedad en sentido de grupo humano que establece ciertos compromisos, está basada en una mentira general, en un vivir postizo. Lo que me gusta no es legal. Lo que me gusta no es moral. Lo que me gusta es un error. Entonces obligatoriamente tengo que mentir. No voy a renunciar a mis apetencias, a mi “verdad”. Voy a disimularla...» (p. 51).

Cabrujas llama a Venezuela «bochornoso, caótico, incoherente pero amado país» (p. 255) y el resto de sus habitantes, de sus coterráneos, lo aplaude ahora, como lo ya lo hizo en vida, a rabiarse; lo señala como intérprete esclarecido de nuestra realidad: en suma, le dio —y sigue dando— la razón. Por supuesto, no se trata acá de regateársela, al menos en parte. Lo que tenemos de impostura es insoslayable: eso que Germán Carrera Damas, con más apegos teóricos, llamó «la dificultad de ser criollo», y que J.M. Briceño Guerrero, desde una clave filosófica, identificó en la condición de «europeo segundo», de hijo de europeo, criado como europeo fuera de Europa, tiene que ver mucho con esto, en una condición, digamos, *esencial*. Sí, del anhelo de ser europeos, fuera de Europa, surge el empeño de reproducir a Europa, primero soñando con una Nueva Valencia, una Nueva Segovia, una Nueva Zamora y una Nueva Londres (o, lo que es lo mismo, Valencia, la mediterránea, pero a las orillas del Lago Tacarigua; Zamora, pero frente a los palafitos paraujanos de Maracaibo; Segovia, sin su alcázar ni su acueducto, en la tierra de los jiraharas; Londres, pero fundada por libertos que a lo mejor escogieron el nombre sólo por contrariar a las autoridades españolas, en los alrededores de Nirgua) y luego soñando con una «París tropical». De esa angustia hay tanto escrito que no es necesario insistir. Tal es la condición del criollo (y del acriollado: el indio, el negro, el pardo que en dos generaciones ya piensa, se viste y actúa como criollo, acaso para escándalo de los criollos, como ese zambo londinense en las montañas de Nirgua) y tal es su sino.

Como la historia no se repite, las nuevas Segovia, Zamora, Londres o París no podían ser las mismas. Hasta allí una verdad de Perogrullo. Pero una verdad que no estaba tan clara en la cabeza de quienes echaron a andar esos proyectos, y que después se mostró dolorosa, decepcionante, cuando estalló en toda su dimensión. Cien años antes de Cabrujas, toda la generación de los positivistas llegó a sus mismas conclusiones. Es el retintín de Laureano Vallenilla Lanz. Con su tesis sobre la diferencia entre las constituciones de papel (esas que sueñan con Estados liberales modernos) y las positivas (esos valores, no escritos ni públicamente admitidos, que conducen a

un «césar democrático», a un «gendarme necesario») no hizo sino basarse en ello: en la distancia entre los principios soñados e imitados, y lo que somos en verdad. Además, tanto Cabrujas como los positivistas estaban en el final aparatoso, traumático, de dos periodos en los que esos valores europeos («civilización», «progreso», los llamaron en el decimonono; «modernidad», se diría hoy) parecían haber triunfado, para después, así lo sintieron, empujarnos al desengaño: la república democrática liberal nacida en 1958, para Cabrujas; el guzmancismo, para los positivistas.

Las crisis en la que recalieron ambos regímenes, la decepción que sintieron por su entorno, la duda por las posibilidades ciertas de alcanzar sus sueños, hicieron a los venezolanos llegar a conclusiones similares; incluida esa de olvidarse de la república liberal por un rato y lanzarse a los brazos de un césar

Cabrujas llama a Venezuela «bochornoso, caótico, incoherente pero amado país» y el resto de sus habitantes, de sus coterráneos, lo aplaude a rabiarse, lo señala como intérprete esclarecido de nuestra realidad

democrático que resolviera las cosas, llámese Juan Vicente Gómez o Hugo Chávez. Cabrujas, que simpatiza con el golpe de 1992, rápidamente rectifica su postura; pero nada indica que el grueso de quienes lo leyeron y aplaudieron hayan obrado igual. Es más, muy probablemente el diagnóstico tan desolador —justificado, por demás, en muchas cosas— que hicieron hombres como él —en artículos de prensa, programas de opinión y hasta telenovelas— o como Arturo Úslar Pietri, a quien muchos señalan como comprometido con los golpes de aquel año (sin pruebas concretas, es verdad, y a contrapelo de la distancia que al tiempo tomó con los alzados), allanó el camino para que al final votaran por quien prometía un cambio rotundo, radical.

Ni Cabrujas ni Úslar Pietri, según se desprende de sus testimonios, hubiesen querido tal desenlace. Tampoco se les puede endilgar de nada por acusar a un orden de cosas que estaba muy mal: quien escribe, da clases o habla por la televisión no puede garantizar las conclusiones que, con sus argumentos, sacará el auditorio. En todo caso, ahora resulta evidente hacia dónde apuntaba el ambiente. ¿Qué

distancia hay, por ejemplo, entre ofrecer una paila de aceite para la cabeza de los políticos y soñar, acaso de forma algo más piadosa, con que «sean parálisis»? ¿Cuál es la diferencia sustancial entre la parálisis de los políticos y la parálisis de la política que, por ejemplo, logró un Gómez? ¿No fue el Benemérito quien hizo de la «política» una mala palabra para «los hombres de trabajo»?

¿Se repite la historia? No, insistimos: nunca lo hace. Es una misma historia en un lapso tan corto como el de ciento cincuenta años. Es un mismo pueblo, con una misma experiencia intelectual, sociocultural, con un mismo objetivo (en dos momentos diferentes de su desarrollo, la modernidad) en dos coyunturas distintas, pero dentro de una misma historia. Si la historia no se repite (Gómez y Chávez no son Julio César, ni los chavistas la

gente del Partido Popular), sí lo hacen ciertos fenómenos humanos, como la búsqueda de un salvador cuando la república entra en barrena. No hay dos Julio César, pero sí hay muchos cesarismos. A veces se le pone el adjetivo «democrático», por aquello de la democracia directa con el líder. A veces se le llama «hiperliderazgo», casi por las mismas razones. Pero el fenómeno es el mismo. El teórico Vallenilla Lanz lo decía por la ineficiencia de un Estado liberal; y el teórico Juan Carlos Monedero por la inexistencia de un Estado revolucionario y habla, de hecho, de un «cesarismo progresista».

La sensación de fracaso de los venezolanos de los entresiglos XIX-XX y XX-XXI respondía a la imposibilidad de alcanzar determinados ideales y a la convicción de que todo lo que se creía avanzado hacia ellos fue un embeleco, una impostura. Sumergidos en las angustias de sus momentos críticos, olvidaban que la sociedad venezolana había alcanzado las metas trazadas, al menos muchas de ellas: consolidar la república, la nacionalidad y la burguesía; sofocar las tensiones raciales, en 1870; garantizar la paz y generar crecimiento, en 1908; sentar las bases para una sociedad

democrática y capitalista, en 1958. Esto pone el balance más hacia el éxito que hacia el fracaso, por mucho que un venezolano agobiado por la delincuencia, las deudas, la inflación, las turbulencias políticas y el miedo no pueda, legítimamente, verlo así o, viéndolo, encuentre poco consuelo en ello.

La sensación de que lo avanzado fue sólo una impostura, si bien tiene asideros reales (¿cuán democrático es un sistema en el que los electores votan por listas cuyos nombres desconocen, en el que los ciudadanos tienen muy

ciertas metas; pero, ¿un fracaso general, estructural? ¿Valdría decir que lo ha sido el no poder ser completamente europeos, según el anhelo criollo? ¿Ha sido eso un fracaso como, por poner dos casos tan recientes como famosos, lo fueron el ensayo comunista en Rusia o los intentos de Alemania por volverse el hegemon mundial en 1914 y 1939?

En un texto del geógrafo Jared Diamond, *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, se pone el fracaso en otra parte, cercana a la manera como lo concibe la historia

¿Ha fracasado la sociedad venezolana? Aún no se sabe: se encuentra en una crisis, honda, desesperante para quien está en medio de una cola y siente escalofríos cada vez que se le acerca un motorizado o comienza a oír en la radio una cadena presidencial

pocas herramientas para reclamar sus derechos ante el Estado y en el que las elites se reúnen y toman decisiones por sí solas? ¿Cuán civilizado es un país con palacios de estuco y gobernado por una especie de déspota ilustrado, con bulevares a la francesa que desembocan varios metros más abajo en una pica de indios?), parece basarse en unas expectativas desproporcionadas, propias del pensamiento criollo empeñado en compararse con Europa y no consigo mismo. Visto lo que era Venezuela en 1870 podía sorprender que, si bien al costo de perder la mitad de su territorio y fracasar estruendosamente en su modelo económico, siguiera como unidad nacional en 1900. Visto lo que era Venezuela en 1958 puede sorprender que en cuarenta años haya logrado hacer del voto —al menos del voto, y ahora cabe preguntarse por cuánto tiempo más— un valor, así como de la libertad de expresión; que haya logrado abatir el analfabetismo, integrar el territorio, nacionalizar el petróleo, casi duplicar la esperanza de vida, crear una élite técnica, explotar los grandes recursos naturales de Guayana e iniciar una industrialización que, si no ha ido tan bien, al menos dejó algunos activos. En ambos casos, el problema estuvo en consolidar el capitalismo y las instituciones liberales, lo que no es poca cosa, y en ambos casos hubo avances importantes hacia esas metas.

¿Es posible, entonces, que una sociedad entera fracase? La sociedad venezolana ha tenido fracasos, entendidos como incapacidad para alcanzar

empresarial para sus objetos de estudio: en la incapacidad para adaptarse a los cambios, sobrevivir e incluso crecer. Según el autor, que ya había hecho una amplia reflexión sobre la historia universal en su *Armas, gérmenes y acero*, un conjunto de sociedades, en un momento determinado, tomó decisiones catastróficas que las llevaron a desaparecer: la maya, la noruega de Groenlandia, la de la Isla de Pascua, entre otras. Todas habían sido muy exitosas y llegaron a grados muy altos de desarrollo, cada una a su escala y de acuerdo con su universo cultural. Sus decisiones catastróficas fueron, fundamental aunque no únicamente, tomadas en relación con el ambiente, cosa que lo lleva a la angustia que vibra al fondo del libro: la actual civilización de corte occidental, que de un modo u otro se extiende o influye de manera decisiva en todo el planeta, y ha llegado a un altísimo grado de desarrollo, también está tomando decisiones claramente catastróficas con su ambiente. ¿Será su destino el de los mayas o, mejor, viéndola bien: por qué su destino no será el de los mayas?

Sin tomar, ni mucho menos, a Diamond como autoridad, pero dándole vuelta a sus ideas, ¿ha tomado decisiones catastróficas la sociedad venezolana en los últimos cuarenta o treinta años? En términos ambientales, muchas. He ahí el recuerdo de la selva de Turén, ya completamente talada; la contaminación de casi todos los ríos del centro del país; la extinción sucesiva de varios pro-

ductos: las perlas, el dividive y algunos más; la erosión que varios milenios de conuquismo han dejado. Pero, en todo caso, son problemas que se insertan en los más amplios de la civilización moderna. En cuanto a lo que preocupa de manera más inmediata, lo que a Cabrujas le generaba tanta desazón y a muchos de sus lectores le hizo buscar una solución cesarista, ¿cómo es posible que al cabo de los años más prósperos, libres y pacíficos de la historia venezolana (lo cual no quiere decir que lo hayan sido en términos ideales, sino comparados con lo ocurrido hasta entonces), se llegara a tal sensación de fracaso?

Para mediados de la década de los noventa muchas de las promesas de 1958 parecían incumplidas. No era de un todo así, pero las expectativas que generaron los primeros logros del sistema en sus tres décadas anteriores, en bienestar, crecimiento económico, infraestructura, industrialización, no pudieron sostenerse. Al final muchos se revirtieron, sobre todo en los planos de ascenso social y bienestar, el modelo económico se hizo inviable y la clase política estuvo poco dispuesta a desencadenar la renovación requerida. Cuando se ensayó una reforma «neoliberal», ésta resultó suficientemente traumática para que nadie con intenciones de ganar unas elecciones se atreviera a continuarla; de hecho, los venezolanos votaron sucesivamente por quienes prometieron suspenderla: Rafael Caldera, a la cabeza de una alianza de partidos en 1993, y Hugo Chávez, prácticamente a la cabeza de la misma alianza, en 1998. Esto no los hace similares, pero sí los mete, al menos en este aspecto fundamental, en la misma línea.

¿Dónde pudo estar lo catastrófico, si es que lo hubo? Diamond ofrece —muy a la norteamericana— un «mapa para el éxito» que, de no seguirse en algún grado, puede llevar a sociedades enteras hacia el fracaso. Los desvíos de la ruta trazada son: incapacidad para prever un problema en ciernes, porque la sociedad carece de una experiencia anterior que le dé pistas al respecto; incapacidad para percibir un problema ya existente, a veces porque empieza a manifestarse de manera muy tenue, casi imperceptible, y se desarrolla tan lentamente que la sociedad va acostumbrándose a él, hasta que ya no lo puede manejar; y, por último, incapacidad para enfrentar y resolver el problema, una vez percibido, por las razones que fuera.

Desde 1958 Venezuela pasó por estas tres estaciones. Por ejemplo, era difícil prever en 1973 las consecuencias últimas del auge petrolero o la velocidad del crecimiento de Caracas (los cambios socioculturales de la acelerada urbanización, en el sentido de traslado a las ciudades, sobre todo de población campesina). Aunque hubo voces de alerta, a las cuales el tiempo terminó por darles la razón, como las de Juan Pablo Pérez Alfonso, D.F. Maza Zavala, el mismo Úslar Pietri e incluso un muy joven Asdrúbal Baptista, a mediados de la década de 1970 era muy difícil que el resto de una sociedad optimista —feliz por años de abundancia y por la evidencia de que cada generación, desde hacía unos cincuenta años, vivía mejor que la anterior— fuera sensible a sus advertencias. Como nunca había ocurrido nada igual, no había por qué creer que los resultados serían los de los «profetas del desastre» y no, como hasta entonces había sido, los mejores posibles. Que un obrero venezolano ganaba más que un japonés pero era muchísimo menos productivo; que los dólares muy baratos a la larga matan el proyecto de industrialización; que comprar una nueva quinta en el sureste de Caracas, o invadir un cerro quizás al lado de esa quinta, estaba llevando a un caos urbanístico: todo eso es más fácil de aceptar ahora que los embotellamientos, el aumento de la temperatura (ya Caracas no es la de «la eterna primavera»), la quiebra de las industrias o un control de cambios que, en la práctica, le ha quitado la convertibilidad al bolívar.

Era muy difícil percibir, sin el concurso de estadísticas y estudios detenidos, que hacia 1978 el crecimiento económico se había frenado, cuando a todos, a su escala, les sobraba dinero en el bolsillo; que las industrias no estaban generando un desarrollo autosostenido, cuando Valencia y Maracay estaban cambiando su faz con la inauguración sistemática de fábricas; o que la delincuencia estaba empezando a ser un problema. Lo de la delincuencia es emblemático: las clases media y alta simplemente no sentían algo que, si bien no es resultado exclusivo de los barrios, empezó a sentirse primero en ellos, y por eso no hizo nada al respecto.

En 1966 ocurre en Venezuela un hecho trascendental para la cultura popular: aparece el disco de la orquesta Federico y su Combo titulado *Llegó la salsa*. Es el álbum que bautiza a ese género musical, lo que lo hace un hito en la industria pop planetaria. El tema

que pegó y hoy es un clásico fue la historia de un muchacho de barrio al que lo meten preso en una redada, aunque sin ser del todo un *malandro*: Cocolía. ¿Cómo percibir en las urbanizaciones entonces sin rejas del este de Caracas lo que esto significaba en los cerros? En ellas oían (¿la impostura de la que hablaron Cabrujas y Vallenilla Lanz?) a los Beatles y a lo mejor nunca se enteraron de ese Cocolía, al quien la policía lo agarra. Cuando los hijos y nietos de Cocolía empezaron a atracarlos, tal vez ya era muy tarde.

Algo similar ocurrió con el sistema de educación pública y con los hospitales. Desde los colegios administrados por congregaciones religiosas (cuyas vocaciones la clase media tampoco se encargó de fomentar) o desde las clínicas modernísimas que empezaron a fundarse en la década de 1950, aquello era algo lejano y ajeno. Por treinta años

los cambios. Los resultados que obtuvo —pérdida del poder, resquebrajamiento del sistema por el Caracazo y los golpes de 1992— persuadieron al resto de los políticos de apartarse de esa dirección.


La culpa, por lo tanto, no fue —o no fue sólo— de los políticos, sino de toda la sociedad. De hecho, la revolución de Hugo Chávez fue, al menos al principio y para muchos de sus seguidores, una típica «revolución moderada» (o un populismo conservador): un alzamiento en contra de unas reformas, para volver a un estado de cosas que se sentía perdido y se creía superior. Esto no significa que el único camino sea el neoliberal ni que Chávez no haya promovido después innovaciones de envergadura, como la de crear un socialismo que sueña distinto del soviético, indistintamente de los barrruntos que sus ideas generen a muchos, pero sí que sea plenamente identificable el fenómeno de la racionalidad inadecuada en el «fracaso» venezolano.

¿No poder ser completamente europeos, según el anhelo criollo, ha sido un fracaso como lo fueron el ensayo comunista en Rusia o los intentos de Alemania por volverse el hegemon mundial en 1914 y 1939?

y gracias a la renta petrolera, Acción Democrática logró darle paliativos a aquellos para quienes los problemas sí eran inmediatos y propios, pero eso no pudo sostenerse cuando la renta cayó y el partido —con hegemonía cercana a la de un partido único— empezó a deteriorarse en su eficiencia, honestidad y miras ideológicamente trascendentes: la crisis de la democracia fue, en gran medida, la crisis de AD.

Tampoco, a pesar de la Copre y su muy meritorio trabajo en la década de 1980, se hizo general la advertencia, hasta que en 1989 se comprendió que el sistema era insostenible, que había que cambiar. Siguiendo a Diamond, esto pudo responder a lo que llama una «conducta racional inadecuada», categoría que toma de la politología; es decir, racionalmente se puede decidir, por ejemplo, no hacer nada. Volviendo a lo de los obreros poco productivos, las felices familias que compraban quintas en zonas poco apropiadas o el dólar barato, ¿cómo puede tomar decisiones necesarias, pero muy impopulares, alguien que quiera ganar elecciones? Carlos Andrés Pérez, que tanto había fomentado prácticas desastrosas de despilfarro y débil legalidad, creyó en 1989 que su popularidad era suficiente para emprender

cuada en el «fracaso» venezolano.

¿Puede, entonces, una sociedad entera fracasar? Sí, y casi del mismo modo como puede fracasar una organización, al fin y al cabo microcosmos de una sociedad. ¿Ha fracasado la sociedad venezolana? Aún no se sabe: se encuentra en una crisis, honda, desesperante para quien está en medio de una cola y siente escalofríos cada vez que se le acerca un motorizado o comienza a oír en la radio una cadena presidencial, para la madre que no duerme porque ya es medianoche y su hijo adolescente no llega, para quien oye el rumor de que su empresa se va del país, para quien tiene semanas esperando la subvención de su misión y supo que ayer asesinaron al hijo de una vecina. Pero esta crisis quizá resulte coyuntural, si se ve en la clave una historia de larga duración... o quizás no sea así, y al final desemboquemos en una catástrofe. ¿Hemos tomado decisiones catastróficas? Si nos guiamos por el mapa de Diamond, sí, y muchas. ¿Podremos salir del lugar en el que nos metimos? Eso no lo puede decir un historiador. Sólo cruzar los dedos y rezar, como todos, porque la respuesta sea sí. 

Tomás Straka

Profesor de la Universidad Católica Andrés Bello